



Consejo Económico y Social

Distr. general
7 de noviembre de 2018
Español
Original: inglés

Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer

63^{er} período de sesiones

11 a 22 de marzo de 2019

Seguimiento de la Cuarta Conferencia Mundial
sobre la Mujer y del vigésimo tercer período
extraordinario de sesiones de la Asamblea
General, titulado “La mujer en el año 2000:
igualdad entre los géneros, desarrollo y paz
para el siglo XXI”

Declaración presentada por la Comunidad Internacional Bahá’í, organización no gubernamental reconocida como entidad consultiva por el Consejo Económico y Social

El Secretario General ha recibido la siguiente declaración, que se distribuye de conformidad con lo dispuesto en los párrafos 36 y 37 de la resolución [1996/31](#) del Consejo Económico y Social.

* La presente declaración se publica sin revisión editorial.



Declaración

Crear un mundo nuevo: no dejar a nadie atrás

En cierto sentido, la protección social puede concebirse como el conjunto de políticas y programas diseñados para reducir la pobreza y la vulnerabilidad. Una cuestión tan importante como proporcionar protección social a todos, en particular a los más vulnerables, en su mayoría mujeres y niños, debe contemplarse a la luz de una verdad superior, a saber: que todos los seres humanos somos uno y que todos debemos beneficiarnos de los abundantes recursos de la tierra natal que compartimos. Ya se debería haber aceptado como verdad que todas las personas tienen derecho a llevar una vida digna y a tener la oportunidad de recibir educación de calidad, acceder a asistencia sanitaria, poner en práctica sus valores espirituales y contribuir al bienestar de su comunidad por medio del trabajo, la crianza de familias sanas y los actos de servicio.

Además, el concepto de la unidad de la humanidad entraña claramente que las mujeres y los hombres son iguales. El reconocimiento cada vez más extendido de la unidad y de la igualdad de mujeres y hombres es un sello distintivo de la era moderna que auspicia el surgimiento gradual de una civilización universal caracterizada por la justicia, la reciprocidad y la prosperidad. No obstante, todavía no se ha alcanzado la plena expresión de la unidad en cada faceta de la vida; de hecho, en ocasiones este ideal puede parecer inalcanzable. Las mujeres y las niñas son a menudo las más afectadas por las injusticias generadas por el orden actual de la sociedad, lo que no es de extrañar, dadas las fuerzas históricas que han dado origen a este orden. Si bien la creciente aceptación del principio de unidad fue uno de los principales legados del siglo XX, muchos de los fundamentos ideológicos de los sistemas sociales predominantes se basan en valores que son la antítesis de la unidad. Los ideales de exclusión, la creencia en la superioridad inherente de algunos grupos sobre otros y el énfasis en el antagonismo como medio para lograr progresos son inherentes al código genético de las estructuras de la sociedad. Por consiguiente, el principio de la unidad no puede injertarse superficialmente en las estructuras, sino que los sistemas y las estructuras de la sociedad deben ser reconfigurados para encarnarlo..

Una cuestión fundamental que se plantea ante un organismo tan importante como las Naciones Unidas y ante sus Estados Miembros es cómo aprovechar y dar libre curso a las capacidades y los poderes colectivos de todos los pueblos del mundo, lo que incluye, crucialmente, a mujeres y niñas. Aparte de las implicaciones institucionales, los principios de unidad e igualdad exigen que se realicen cambios profundos en la propia cultura. Nadie se libra de las rigurosas demandas de la justicia; todos serán llamados a reexaminar continuamente sus propios valores, actitudes, y relaciones con los demás.

Hacer frente a las desigualdades económicas

Como resultado de las normas y desigualdades sociales y culturales, las mujeres, a lo largo de su vida, atraviesan etapas en las que son especialmente vulnerables. En muchos países, las mujeres tienen muchas más probabilidades que los hombres de perder sus ingresos y sumirse en la pobreza. Incluso en las comunidades más avanzadas económicamente, el papel reproductor de las mujeres ha sido con frecuencia la causa de que no se les confieran las mismas funciones y responsabilidades en la fuerza de trabajo que a los hombres. Existen numerosos obstáculos que impiden que las mujeres y las niñas accedan a servicios públicos y se beneficien de una infraestructura sólida. Para eliminar estas trabas de manera definitiva, se necesitan sistemas de gobernanza que promuevan la seguridad colectiva, la sostenibilidad ambiental y un orden económico equitativo y justo. Dada su

importancia para la protección social, es preciso prestar especial atención a los acuerdos en materia económica pertinentes.

Las concentraciones extremas de riqueza han dado lugar a la percepción distorsionada de que el mundo carece de recursos suficientes para todos sus habitantes. Al estudiar cómo sacar a todos de la pobreza, existe la tentación comprensible de dar prioridad a la generación de riqueza. Con mucha frecuencia, la atención exclusiva al crecimiento y la generación de ingresos se ha traducido en más riqueza para quienes no la necesitan y más privaciones para los más necesitados. No se pueden perpetuar las estructuras regulatorias que permiten que unos pocos acumulen cantidades desorbitadas de recursos materiales para sí mismos y sus familias. Mientras los modelos económicos sigan ignorando y externalizando las consideraciones morales, como la justicia y la honradez, la inestabilidad financiera mundial seguirá empeorando y, en consecuencia, la humanidad entera sufrirá dificultades.

De hecho, las consecuencias de la degradación ambiental ya se están sintiendo en todo el mundo. Sin embargo, los paradigmas económicos de la mayoría de los países industrializados consideran el impacto ambiental como un factor externo, lo que ha ocasionado el empobrecimiento de las comunidades rurales, la explotación de las poblaciones vulnerables y el rápido deterioro del mundo natural. Están surgiendo modelos nuevos y prometedores que consideran las cuestiones económicas en términos planetarios. Sería aconsejable investigarlos para determinar su potencial y sus límites. En general, es posible que la comunidad mundial desee dedicar recursos sustanciales a comprender cómo pueden surgir modelos económicos que se organicen en torno a los principios de la tutela colectiva, la justicia y la reciprocidad, y cómo adaptarlos a las necesidades de las diferentes comunidades.

Liberar el poder del espíritu humano

En todo el mundo, la falta de riqueza material ha sido un obstáculo para atraer, formar y conservar a docentes cualificados, así como para construir y mantener establecimientos educativos. La Agenda 2030 hace hincapié en el fortalecimiento de la infraestructura pública como forma de ofrecer educación universal. Si bien la educación de calidad depende, en cierta medida, de un flujo de recursos materiales, la experiencia de muchas comunidades bahaíes de base parece indicar que, incluso en las zonas del mundo más pobres y remotas, hay una abundancia de recursos humanos que, si se les dedica tiempo y atención y si se utilizan sabiamente los medios materiales, pueden prosperar.

Cuando una comunidad valora los recursos que posee (por ejemplo, la capacidad de sus habitantes para detectar problemas y buscar soluciones; la generosidad de los miembros de la comunidad dispuestos a donar tiempo, talento y materiales para construir edificios y atender otras necesidades simples), las limitaciones pueden dar paso a oportunidades. Nuestra experiencia ha demostrado que no es necesario retrasar el comienzo de un proceso educativo encaminado a liberar la gama completa de capacidades humanas hasta que se disponga de una infraestructura sólida. Para impartir una educación de calidad, es necesario prestar atención al proceso educativo de principio a fin: la formación de los docentes, la selección o elaboración de planes de estudio adecuados, la creación de un entorno propicio para el aprendizaje y la participación de la comunidad en la que se desarrolla el proceso de aprendizaje. Estas distintas dimensiones pueden, hasta cierto punto, complementarse y reforzarse con recursos materiales. Sin embargo, es mucho más crucial asegurarse de que los docentes y los alumnos participen en un proceso de desarrollo de la capacidad que libere el poder del espíritu humano.

El espíritu humano, que en cierto sentido puede considerarse como el conjunto de atributos que distinguen a los seres humanos de otras especies, en particular la

mente humana, es capaz de conocer, amar y tener voluntad. Es una fuerza que, al haber sido subestimada durante demasiado tiempo, ha privado a la humanidad de una fuente ilimitada de prosperidad. Para liberar su poder, se necesita una educación que ayude a los niños a desarrollar las aptitudes y adquirir los conocimientos necesarios para transformar su carácter y llevar una vida productiva. Esto supone el interés por la literatura y las artes, la formación científica, el dominio de aptitudes técnicas, la capacidad de participar en procesos individuales y colectivos de adopción de decisiones y el desarrollo de la capacidad para detectar necesidades y buscar soluciones. A medida que estas capacidades se van desarrollando gradualmente y encuentran expresión en la comunidad, se produce un auge de las artes, las ciencias, las innovaciones, las filosofías y la ética, de las que depende la civilización.

Crear un mundo nuevo

La incapacidad de proporcionar protección social a las mujeres y las niñas en todas las etapas de la vida es solo uno de los síntomas de un orden social obsoleto. Por ello es necesario llevar el orden vigente a sus límites cambiando las políticas, promulgando una legislación justa y adoptando para eliminar las desigualdades extremas. Con todo, estos cambios, a pesar de ser necesarios, no bastarán para dar paso a nuevos modelos de vida que traigan prosperidad para todos. Dado que muchos de los sistemas y las estructuras sociales se diseñaron precisamente para reforzar la dominación y la desigualdad, es preciso dedicar recursos considerables al estudio de modelos eficaces de gobernanza, educación y economía que se estructuren en torno a un conjunto de principios radicalmente nuevo: que los seres humanos son uno; que las mujeres y los hombres son iguales; que los poderes emergentes del colectivo pueden liberarse mediante la cooperación y la reciprocidad; y que el progreso de la humanidad se verá enormemente reforzado por la plena participación de todas las personas en la creación de un nuevo mundo.
